

Sobre *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde el 80*, de Alberto Giordano, editor. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2015.

✉ BRUNO GROSSI / Universidad Nacional del Litoral – CONICET / brunomilan@hotmail.com

Confesémoslo: escuchar las ponencias de un congreso o leer los *papers* de una revista académica es asistir a todas las posibles variaciones, modulaciones e intensidades del tedio. Ya no se trata meramente de que la retórica del disertante pierda toda individualidad y se reduzca a los tonos propios de su objeto (cuán grato sería, de tanto en tanto, escuchar aunque sea un poco la música de la sintaxis proustiana o de la suave ironía borgeana), sino que es el propio objeto el que queda reducido, desdibujado, aplastado por un cientificismo (deliberado o naturalizado) que, en su afán explicativo, anula toda singularidad. Es la indistinción de la experiencia Saer, Copi o Pizarnik lo que se deja leer tras la acumulación de categorías y conceptos, de desterritorializaciones, desclasificaciones y pobrezas-de-experiencias que pueblan nuestros artículos. Pero no es sólo una cuestión de retórica o una abundancia de teoría lo que advertimos en nuestro *ennui* académico: es la constatación de un saber enajenado y fetichizado, perdido y desvinculado de su propia praxis, devenido en nuevo avatar de la racionalidad instrumental denunciada en el contenido de los propios papers. Un problema epistemológico, pero sobre todo un problema de índole institucional.

La publicación de *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde el 80* es en este sentido oportuna, ya que viene a plantear una discusión generalmente asordinaada en torno a los modos en los que se piensa, se escribe, se evalúa y se financia la producción de conocimientos hoy en Argentina. Una discusión enfocada hacia los estudios literarios, pero que es generalizable a todas las ciencias humanas. Pero aunque la polémica pueda leerse en el reverso de cada línea, lejos está el libro de Alberto Giordano de explicitar su queja, de reducir su demanda a la mera denuncia coyuntural. He ahí la paradoja de su lectura: el recorte epocal de los ensayos (1982-2002) efectuado por Giordano da cuenta de un descontento que trasciende el mero presente. Es así que éstos pueden leerse atemporalmente en sintonía con la vasta tradición del discurso ensayístico sobre el ensayo (tradi-

ción que va desde Montaigne a Adorno). Sin embargo a pesar de esta distancia, el montaje mismo del libro, su selección de nombres y temas, parece devenir profético: la insistencia —que atraviesa cada uno de los ensayos— en torno a cómo cierto tipo de escritura ha ido hipostasiándose a un modo preciso de entender el conocimiento se transforma inevitablemente en una problemática actual. La lectura se vuelve por lo tanto apocalíptica: aquello que los ensayistas señalaban hace ya varios años (y en un contexto en el que el CONICET era prácticamente una entelequia) ha ido magnificándose. Leído desde el presente el libro de Giordano no puede no leerse como una clara intervención política.

En este sentido, la militancia en el ensayo, la reivindicación de su anacronismo, la afirmación de su asistematicidad, la felicidad de su escritura, en suma: el escándalo mismo de su existencia es lo que permite pensar aquello que el presente ocluye. Dice Silvio Mattoni: «El deslizamiento hacia el ensayo se transforma en el único modo de pensar otra cosa, algo no existente que haga posible la crítica de lo existente. Algo que no podría efectuarse desde el interior de la ciencia organizada (comprometida técnicamente con el orden dado)» (159). ¿Pero ensayo y ciencia están condenados a desconocerse uno de otro? Es evidente que el ensayo pensado como interrupción (Ritvo), como ejercicio espiritual (González), como búsqueda y corporeización de una vida (Kuminsky) entra indefectiblemente en disputa con «una cultura del pragmatismo y la eficacia demostrable sin la que acaso no podría existir la gestión académica del saber» (Giordano 8).

De hecho este *agón* no es nuevo, tiene su historia, sus polémicas y sus derivas. Algo de ello puede leerse en «La crítica: entre la literatura y el público». Allí Beatriz Sarlo (luego de diagnosticar el estado lúgubre de la crítica literaria: su ilegibilidad, su inanidad) reafirma la rica tradición del ensayo argentino. Sarmiento, Martínez Estrada, Borges, Viñas, Murena: formas de un pensamiento que legó lo más importante «no sólo sobre la literatura argentina, sino incluso sobre la sociedad, el pensamiento, la mentalidad de los argentinos» (47). Sin embargo, en cierto momento, la tradición del ensayo entra en crisis. Sarlo fecha y rastrea esa decadencia a partir del ingreso del cientificismo (vía el estructuralismo) a la universidad. En ese ingreso el discurso ensayístico es desacreditado, reducido a una mera perspectiva anti-teórica e impresionista. Sarlo admite algunas de las ventajas que dicho ingreso produjo en la crítica, pero luego plantea una hipótesis contrafáctica que ni mil datos comprobables juntos pueden hacernos olvidar: «Me da la impresión de que a partir de cierto momento queda obturada en la Argentina la posibilidad de un Barthes, la posibilidad de un Benjamin. No apuesto a que sin la crisis del ensayismo hubieran florecido. Lo que digo es que quedan metodológica y teóricamente obturados» (48). La frase de Sarlo es tan temeraria como evocativa. Imposible no hacerse la película: su potencia es imaginaria, no científica. De todos modos en el reverso de su pesimismo podemos extraer una enseñanza: nadie desconoce (aunque Sarlo lo oculta) que Benjamin y Barthes tuvieron una relación distante, polémica y crítica del mundo institucional; pero si ellos lograron ser quienes fueron no fue justamente por tener o no tener becas,

sino por asumir un «pensamiento que no contemplaba ningún tipo de compromiso con el mundo, y que no aceptaba otra lógica que la de su propio desarrollo» (Beceyro:38).

No otra cosa dice Juan Ritvo cuando nos previene que el ensayo no es un género ni mucho menos una retórica que se apodera momentáneamente del discurso comunicativo. El ensayo es una actitud, o mejor: un acto que interrumpe «el denso *continuum* de la cultura» (233). Es el momento «vacilante, titubeante, irresoluto» (234) del pensamiento hecho vida (y viceversa). ¿Pero cómo apropiarse de esa forma (no en el sentido estructural/genérico, sino tal como la piensa Adorno, es decir como modos de experimentar «el elemento irritante y peligroso de las cosas») en contextos como los nuestros no tan amables hacia la experimentación de lo incierto? Giordano arriesga: «El *ethos* del recurso al ensayo se corresponde con un estilo de vida académica, inconforme y disidente, que expresa la necesidad de desbordar las clausuras disciplinarias, y su multiplicación interdisciplinar, para restituirle al vínculo entre escritura e investigación la potencia heurística que debilitan o inhiben los imperativos metodológicos» (12). Un dejo conspirativo —que nos fascina— se trasluce de la cita. Resuena en nuestros oídos a su vez una frase de una novela de Libertella convertida en máxima de vida: «Hay que negociar desde la oscuridad». Ni la negociación ni la oscuridad se resignan: la mejor (la única) forma de intervenir es siempre desde el interior del propio sistema, aunque eso no implique comprometerse plenamente con él. Pacto espurio, pequeña transgresión que realizamos para «trabajar en los intersticios (...) para descomponer los fundamentos de la cultura» (7).

De allí obtiene su potencia el libro, de saberse dispuesto a pelear desde el teatro mismo de los acontecimientos (desmintiendo a quien podría leer en el recorte temporal una nostalgia por una época pre-institucional de la crítica). En este sentido, el estribillo de Horacio González «Somos profesores argentinos» indica no sólo un *locus* de enunciación institucional sino también un modo de pensar el ensayo. Los profesores argentinos ocupamos un lugar periférico y marginal, pero esa fatalidad es asimismo una posibilidad: nuestro patrimonio es el universo y eso nos permite ensayar todos los temas. El ensayismo es una forma de complot que los críticos debemos aprovechar para radicalizar no nuestros papers, sino las estructuras de las instituciones. «El carácter utópico de esta teoría, en el contexto de la gestión académica de los estudios literarios, sólo la vuelve más deseable» (26) sostiene Giordano. Y no podemos estar más de acuerdo.